

Biblioteca Ilusión O.

Núm. 25

25 cts.



UN SECUESTRO EN ALTA MAR

por HOUSE PETERS

Biblioteca Ilusión

HEAD WINDS
1925

Un secuestro en alta mar

Versión literaria de la película de igual
título, interpretada por el notable actor

HOUSE PETERS

por
LEO NINO

Exclusiva
HISPANO-AMERICAN FILM, S. A. E.
Calle Valencia, número 233 : BARCELONA



REDACCION Y ADMINISTRACION
PARIS, 204 : BARCELONA

UN SECUESTRO EN ALTA MAR

REPARTO

Pedro Rosslyn.....	House Peters
Patricia Van Pelt.....	Patsy Ruth Miller
John Templeton Arnold	Richard Travers
Guillermo Van Pelt.....	William Austin
Eduardo Van Pelt.....	Arthur Hoyt

A cincuenta millas del puerto de San Francisco el yate *Patricia* navega, penosamente, luchando con viento de proa. El *Patricia* es propiedad de Pedro Rosslyn, que le manda, un hombre opulento, de carácter impulsivo y valiente y alegre, aunque reservado, que no se siente dominado, al parecer, más que por una sola pasión : el mar.

Sin embargo, en el fondo de su corazón, templado al embate de las olas, anida un amor tierno y puro, en el que tiene cifrada la ilusión de su vida.

Para Rosslyn las dos más grandes virtudes son la lealtad y la obediencia, razón por la cual todos los hombres que forman la tripulación de su yate son chinos, cuya docilidad y sumisión son proverbiales, aun cuando tal vez posean otra cualidad que les caracterice más ; la hipocresía.

Amparados en ella aprovechan, cuando comienza esta narración, el que su capitán va atento al timón, a fin de salvar las dificultades que opone aquel viento adverso, para jugarse todos sus ahorros a los dados, acabando, como siempre, por reñir, pero de tan mala manera, que uno de ellos se cree en el caso de dar cuenta al patrón de lo que ocurre.

— ¡Capitán: los hombres se pegan! — le dice. — Estaban jugando, hacen trampas y riñen.

— ¿Pero no les tengo dicho que no jueguen? — exclama Pedro, encaminándose a la bodega para castigar, severamente, aquella desobediencia.

Y una vez hecho esto se dirige a su camarote. A poco de estar en él recibe un radiograma en el que sus íntimos amigos, sus casi hermanos, Eduardo y Guillermo Van Pelt, le dicen lacónicamente:

«Patricia se empeña en casarse con Arnold. Necesitamos tu ayuda inmediata.»

Y en el pensamiento de Pedro toman cuerpo recuerdos que no se apartan de él. Su imaginación evoca su última entrevista con Patricia, tan adorable como testaruda y caprichosa, que se ha criado y ha crecido oyendo siempre la misma canción... «y dice Pedro»... «y dice Pedro»... «y dice Pedro»... pero sin que Pedro haya dicho nunca nada interesante para ella... Cree verla en el jardín, sentada a su lado,

complacida, al parecer, pero nerviosa e impaciente, y cree escuchar de nuevo el breve diálogo que sostuvieron trivial, sin substancia, que es lo que a Patricia le saca de sus casillas con Pedro, que tan bien, tan sinceramente, parece quererla, con un cariño que no es precisamente el de la amistad fraternal que les une, y al que también quiere ella... no sabe cómo, pero le quiere.

— ¡Pero, Patricia! ¿Por qué usas esos tacones tan poco prácticos? — le había dicho la última vez que habló con ella.

— Yo uso lo que me parece, Pedro. ¡Ya lo sabes!... Y, además, Arnold no me dice nada de que sean prácticos o no — le respondió la joven, haciendo un mohín y levantándose de su lado contrariada, que de tal o parecida forma terminaban siempre sus coloquios.

Una vez que Pedro sale de este fugaz ensimismamiento, dice al radiotelegrafista de su yate, que espera aún la respuesta que debe dar al despacho recibido.

— Contesta que voy en seguida. Acto seguido sube a cubierta y ordena al timonel que haga rumbo al puerto.

Mas volviendo al cariño que Pedro Rosslyn siente por Patricia Van Pelt, debemos decir que si ha dejado transcurrir tanto tiempo sin declararle su amor, ya que verdadero amor es lo que le profesa, ha sido porque le contiene la idea de que tendrá que consagrarse por com-

pleto su vida a dominar una voluntad tan virgen.

* * *

Horas después Guillermo y Eduardo, los hermanos de Patricia, explican a Pedro la nueva genialidad de la joven de querer casarse a toda prisa, con John Templeton Arnold, un hombre que anda a caza de fortunas y que desde hace algún tiempo revolotea en torno de la de Patricia.

— ¡No comprendo como vuestra hermana acepta por marido a ese buscavidas! — dice Pedro, después de oír a sus amigos.

— Ella aduce, por toda justificación, que le dió palabra de matrimonio si iba a Francia y tomaba parte en la guerra, y que él fué... — le contesta Eduardo.

— ¡Fué, sí! — interrumpe Rosslyn. — Pero no a pelear en los campos de batalla contra el enemigo común, sino en los cabarets con las botellas de champaña.

— Pues bien: sea por lo que sea, está decidida a casarse mañana con Arnold, así es que hay que hacer algo sin pérdida de tiempo, porque la felicidad de Patricia está en peligro — dice Guillermo, añadiendo por su parte Eduardo:

— Cuando la hicimos observar lo que tú, probablemente, dirías, puso el grito en el cielo. Yo dudo de que ni tú mismo puedas convencerla, Pedro.



¿Pero no les tengo dicho que no jueguen?

— De todos modos yo la hablaré esta noche — dice Rosslyn por último.

Ya hemos dicho antes, o hemos dado a entender por lo menos, que Patricia amaba a Pedro, tal vez sin darse cuenta de ello y hasta sin querer amarle, pero su vanidad de mujer se sentía herida al ver que Pedro no se le declaraba, es decir, que sus relaciones con Arnold eran para dar celos a Rosslyn y su boda, a la que parecía estar decidida, por despecho.

Llegada la noche Pedro se dispone a poner en práctica su proyecto de hablar a Patricia.

— ¡Pues sí que ha durado poco tu viaje! — ¿Qué te ha hecho venir con tanta precipitación? — le dice la joven al verle entrar en su gabinete.

— ¡Vengo a casarme! — le responde Pedro.

La indiferencia, real o aparente, con que Patricia escucha esta salida hace exclamar a su hermano Guillermo, que junto con Eduardo, observa a través de una puerta vidriera el curso de la entrevista:

— ¿Lo ves? ¡Nada le hace mella!

— ¿Y quién es la afortunada mortal? — pregunta Patricia a Pedro.

— La que menos puedes imaginarte... — Tu mayor enemiga!

Al llegar a este punto la conversación, es decir, cuando apenas se ha iniciado, hace su aparición Arnold, el pretendiente de Patricia, y ésta al verle dice tranquilamente dirigiéndose a Pedro:

— No creo que sea necesario presentarles a ustedes. Pedro, tú ya te acuerdas de Arnold, ¿verdad?

Y Pedro, comprendiendo que allí estorba uno y que ese uno puede ser él, se marcha para reunirse con Eduardo y con Guillermo.

Una vez juntos los tres y percatados de la gravedad de las circunstancias, empiezan a deliberar.

En tanto los futuros esposos, o sea Patricia y Arnold, se quedan departiendo a solas en el gabinete de aquélla.

— No me hace ninguna gracia la presencia de Pedro Rosslyn. ¿Qué ha venido a hacer aquí? — le pregunta Arnold.

— ¡Pero si es como de la familia! — contesta Patricia, y añade: — ¡Yo creo que por eso no ha acabado nunca de declararme su amor, aunque ha estado varias veces a punto de ello!

— Y si lo hubiera hecho, ¿qué habría pasado?

— ¡No lo sé!... ¿Pero a qué viene hablar de eso si no ha sucedido? — responde Patricia, levantándose visiblemente contrariada y nerviosa.

Arnold, buen conocedor de los arranques de la joven, cree conveniente, para que no peligre su plan, dar por terminada la visita y dejarla para que se tranquilice a solas.

Una vez que Templeton se ha marchado, Patricia entra en su habitación y al ver sobre una mesa, junto al retrato dedicado a ella por Pedro Rosslyn, una tarjeta de éste y un ramo de flores, obsequio suyo, contempla la tarjeta durante unos instantes, al cabo de los cuales exclama al propio tiempo que la hace mil pedazos:

— ¡Pedro!... ¡Pedro!... ¡Y siempre Pedro!... ¡Ya estoy harta yo de Pedro!

Y después de una breve pausa, añade:

— ¿Por qué será tan estúpido Pedro?

Mientras todo esto tiene lugar en la habitación de la joven, al otro lado de la casa, en

la biblioteca, reunidos Pedro, Guillermo y Eduardo, buscan una solución.

— ¿Y decís que el casamiento se ha de celebrar mañana? — pregunta Pedro tras unos minutos de silencio.

— Sí, y que Arnold ha fletado un yate para pasar, viajando, la luna de miel.

Hay otra pausa prolongada, durante la cual Pedro trata de inspirarse apurando, una tras otra, dos copas de licor.

— Se me está ocurriendo una locura tremenda, veréis... — dice Rosslyn a sus amigos.

* * *

Al día siguiente, una hora después de la señalada para la ceremonia, Arnold no ha parecido todavía...

Ni parece. Quienes llegan, al fin, son los hermanos de Patricia, ambos en el más lastimoso estado, llenos de gasas y de vendas cabeza y manos, y uno de ellos arrastrándose penosamente, con auxilio de una muleta.

— ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Arnold? — pregunta Patricia al verles.

— ¡Una cosa horrible! — contesta Guillermo. — El automóvil dió dos vueltas de campana y Templeton salió por el aire, como si hubiera sido el badajo.

— El pobre está mal herido — añade Eduardo. — La cara desfigurada; el cuerpo lleno de contusiones... ¡y hasta un pie torcido!



Pero, Patricia, ¿por qué usas esos tacones tan poco prácticos?

— Le han llevado al yate y allí está hecho un ovillo de trapos y vendas. Se empeña en que os caséis a bordo para salir esta misma noche — dice a su vez Guillermo.

— ¡Ahora es cuando yo me opongo terminantemente! — exclama Eduardo, muy indignado, al parecer. — ¿Cómo te vas a casar con un hombre que quedará desfigurado para toda la vida?

— ¡Pero si dice que me necesita es una razón más para que me case con él — res-

ponde Patricia, con una resignación que no es frecuente en ella.

— ¡Pero... Pedro dice! — arguye Eduardo.

— ¡Sí!... Pedro dice... — recalca Guillermo.

— ¡Pedro dice!... ¡Pedro dice!... ¡No oigo otra cosa y estoy cansada de oírla!... ¡Ahora mismo me caso con Arnold, y a ver quién trata de impedirlo! — exclama Patricia, disponiéndose a marchar al lado de su prometido.

Conseguido esto, que es precisamente lo que se proponían Guillermo y Eduardo, salen ambos detrás de su hermana.

* * *

Cuando llegan al yate los tres, da la casualidad de que no hay nadie sobre cubierta, detalle que no deja de llamar la atención de la joven, bien ajena de las causas a que obedece esta soledad.

Eduardo y Guillermo, para quienes parece pasar desapercibida esta circunstancia, que constituye una precaución necesaria para que no aborte su plan, conducen a su hermana a la cámara, en uno de cuyos divanes yace un hombre con la cabeza completamente entrapajada, igual que las manos y que un pie, sin que se vea de su cara más que los ojos apenas, los orificios de la nariz y parte de la boca.

— ¡Estoy apenadísima, amigo Arnold! — dice Patricia, acercándose a él y tendiéndole



735-27
No me explique cómo vuestra hermana acepta por marido a un buscavidas como ese!

una mano que el lisiado estrecha entre las vendas que cubren las suyas.

Guillermo, acercándose disimuladamente a su hermana, desliza a su oído una frase, como quien desea no ser oído más que por ella:

— ¡Piensa lo que vas a hacer, Patricia! — le dice.

— ¡Estoy decidida!... ¡Ea! — le contesta la joven, en un arranque de nerviosidad.

— Pues bien: puesto que lo deseas, prepárate, que va a llegar el Pastor.

Y el Pastor llega, en efecto, en este crítico instante.

— El señor es el reverendo doctor Neal — dice Eduardo, haciendo la presentación.

— Como me consta que están ustedes conformes y su prometido no puede hablar, abreviaremos trámites — hace observar el Pastor.

Y así, de forma tan original, tiene lugar la boda.

Pasados unos momentos de silencio, pues ni Guillermo, ni Eduardo, ni Patricia se atreven a romperle, dice, al fin, Eduardo :

— El yate va a zarpar. Sube a cubierta y así podrás ver tu marcha nupcial hacia la inmensidad azul.

Y Guillermo, aprovechando un descuido de Patricia, dice al supuesto herido :

— ¡Hasta ahora todo va bien y ojalá continúe, pero lo dudo!

Una vez sobre cubierta los tres hermanos, y cuando Guillermo y Eduardo se disponen a saltar a tierra, dice aquél a Patricia :

— Te deseo un buen viaje, y que no te marees... ni marees a tu marido.

Y mientras Patricia, a solas consigo misma sobre la cubierta del yate, exclama : — ¡Cásada...! — ¡Y con Arnold!... — Pedro Rosslyn dice a su criado chino, que le está despojando precipitadamente de todas las vendas que le cubren : — ¡A ver cuándo acabas de quitarme trapos!

A partir de este momento empieza para

Pedro Rosslyn la ardua tarea de domesticar a la fierecilla que ya es su mujer.

* * *

Patricia, una vez que ha visto alejarse a sus hermanos y que ha hecho para su feroz interno algunas rapidísimas consideraciones acerca de la nueva situación a que la ha conducido su amor propio herido, baja otra vez a la cámara, donde en lugar de hallar a Arnold, a su marido, vendado y tendido en el diván, encuentra a Pedro Rosslyn en traje de casa como si dijéramos, y que no da señales de la menor sorpresa al verla. No así la joven, a quien parece un sueño lo que sus ojos miran, y que al cabo, tras una breve pausa, le pregunta :

— ¡Pero... Pedro!... ¡Qué haces tú en este barco?

— ¡Que qué hago? ¡Que soy el capitán!... ¡El amo! — le responde Rosslyn.

— ¡Y dónde está Arnold, mi esposo? — inquiere Patricia.

— ¡Ah, ése! — dice Pedro. — No muy lejos de aquí.

Hay unos instantes de silencio durante los que Patricia no sabe, en realidad, qué actitud adoptar, y al cabo exclama :

— ¡Insisto en ver a mi esposo inmediatamente!... ¡Lo quiero!

— Pues no le verás hasta que yo no lo juzgue conveniente — le responde Rosslyn.

Entonces Pedro la empuja suavemente hacia el camarote que se le ha destinado, dándose el caso de que Patricia no oponga la menor resistencia, contra su costumbre, limitándose a decir, al propio tiempo que cierra la puerta :

— ¡Eres muy bruto, Pedro!

Ya a solas en el flotante aposento, instalado con todo lujo y confort, hace explosión su ira. Va de un lado para otro, como una fierecilla enjaulada ; busca una salida primero y después intenta abrir el ventanillo para que entre el aire, pues se ahoga allí, pero no puede.

Sintiéndose dominada por primera vez en su vida, no puede reprimir una exclamación de contrariedad :

— ¡De qué me sirve estar casada si no puedo hacer lo que quiero! — dice.

Dando vueltas por el camarote intenta de nuevo abrir el ventanillo, sin lograr su objeto, lo que constituye un nuevo motivo de contrariedad para su voluntad dominadora.

— ¡Que venga alguien! ¡Qué abran este ventanillo! — grita al cabo de unos minutos de inútil forcejeo.

Pedro Rosslyn acude a sus voces.

— Haz el obsequio de pedir las cosas por favor — le dice entre cariñoso y autoritario.

Patricia se siente dominada de nuevo, bien

a pesar suyo, ante aquel hombre imperturbable, y, bajando los ojos, como avergonzada de sí misma, musita al fin :

— ¡Por... favor... abre el ventanillo!

Pedro lo hace así, y volviéndose hacia ella, que rehuye el encuentro de su mirada, dice :

— No ordenes ; pide. Si pides con agrado, podrás disfrutar de todo lo que haya a bordo.

Hay una nueva pausa, a la que pone término el propio Pedro.

— La comida estará servida dentro de una hora — dice a Patricia. — Hazme el favor de estar lista.

Y acto seguido sale del camarote.

* * *

Cincuenta y nueve minutos después, ni uno más ni uno menos, Pedro se acerca a la puerta del camarote ; llama con los nudillos y dice :

— Patricia. Te quedan, justos, cuarenta y cinco segundos. ¿Estás? — y añade. — Voy a contar hasta diez. Si no sales, entraré yo.

Pero la joven no da lugar a ello, antes por el contrario, se presenta en el umbral de la puerta ataviada para sentarse a la mesa y dice a Pedro en tono más amable que de ordinario :

— Veo que te olvidas de que ya no soy una chiquilla, sino una señora casada.

Y acto seguido, sentados uno frente a

otro, se disponen à dar comienzo al almuerzo.

— Estamos como hemos estado tantas veces en tu casa, Patricia.

La joven calla, pero no da tampoco señales de contrariedad.

— Una de mis excentricidades, porque también las tengo, es tomar el café antes de la comida — añade Pedro, sin parar mientes en la actitud expectante de Patricia, que se dispone a servirle el café.

— Nada más que dos terrones de azúcar y echa el café antes que la leche — dice Pedro, continuando su monólogo, que lo es, toda vez que Patricia nada le contesta.

Al llegar a este punto se presenta uno de los hombres de la tripulación, un chino, que cambia con Rosslyn unas cuantas palabras en su idioma, y la desconcertada Patricia, que no entiende nada de lo que hablan, deduce, por las actitudes, que ha habido una lucha, de la que bien puede haber sido víctima Arnold.

Esta escena es tan rápida, que cuando el chino se va, Pedro ve que Patricia, que ha permanecido inactiva y en observación durante todo el tiempo, se dispone a servirle el café, pero no echando primero éste, según le dijo, sino la leche primero, es decir, aprovechándose de su distracción para llevarle la contraria, como siempre y como a todo el mundo. Rosslyn, al darse cuenta de ello, le



¡Estoy apenadísima, amigo Arnold!

dice con la mayor tranquilidad, pero sujetándole la mano para que no continúe :

— Estos chinos me han distraído. Te dije que dos terrones de azúcar y el café antes que la leche.

Patricia, sin responder nada, retira de delante de Pedro la taza en que ya había puesto tres terrones en vez de dos y echado parte del café ; la cambia por la suya, completamente vacía aún, y obedece al pie de la letra la orden de Rosslyn.

— ¡Así! — dice Pedro. — ¿Ves qué fácil es ser bien mandada?

Al cabo de unos instantes de silencio, durante los cuales pudiera oírse el vuelo de una mosca, pregunta Patricia :

— Pero, vamos a ver, Pedro, ¿qué fin persigues con todo esto?

— Quiero que aprendas a obedecer lo mismo que has aprendido a mandar.

Hay una nueva pausa.

— Yo quiero saber dónde está mi esposo y qué haces con él.

— Pues espérate un rato — le responde Pedro, — que voy a traerte noticias frescas de cómo se halla.

Y suavemente empuja a Patricia hacia su camarote, en el que entra ésta, cerrando Pedro la puerta con llave por fuera, y *va a ver cómo está Arnold* para tranquilizar a la joven.

No han pasado muchos minutos cuando regresa y llamando quedito con los nudillos a la puerta del camarote, dice a Patricia :

— Tranquilízate. A tu esposo no le sucede nada. Cada minuto que pasa se encuentra mejor. — Y añade a poco : — ¿No quieres hacer el favor de salir? Ya sabes que entrare yo si tú no sales.

— ¡Pero cómo voy a salir, si tienes la puerta cerrada con llave! — le contestó Patricia desde dentro.

Pedro abre y Patricia sale furiosa, si bien no tanto como quiere demostrar.

— Lo que estás haciendo conmigo te ha de costar muy caro — dice. — ¡Esto es un abuso!... ¡Un verdadero caso de piratería!... ¡Ya le darás cuenta de todo a mi esposo cuando se ponga bien!... ¡Te odio!... ¡Te detesto!... ¡Antipático!...

Y hace mutis rapidísimo, encerrándose en el camarote.

Pedro, un poco desconocedor del alma femenina, no ve que los insultos de Patricia expresan todo lo contrario de lo que ella quiere expresar.

Ya a solas en el camarote, Patricia tiene un arranque de sinceridad para con ella misma :

— ¡La verdad es que si este Pedro no hubiera sido tan tonto!

A su vez Pedro, a solas también en la cámara, exclama con desaliento :

— ¡Es una mujer imposible!

De su abstracción le saca el radiotelegrafista del yate para entregarle un despacho que acaba de recibir. Es de los hermanos de Patricia y en él le comunican que Arnold se les ha escapado y que está furioso, jurando que ha de vengarse, aunque para ello tenga que movilizar toda la escuadra americana.

— ¡Sólo esto nos faltaba! — dice Pedro por todo comentario.

En tanto Patricia, observando por el ventanillo del camarote, tiene ocasión de ver que pasan cerca de tierra y concibe el plan de

intentar la fuga, aprovechando que en el yate todos deben hallarse entregados al descanso, dedicándose desde este instante a acechar el momento de poner en práctica su proyecto...

* * *

Después de haberse pasado la noche en vela (lo mismo que Patricia, por supuesto), Pedro empieza a dudar del éxito de su aventura.

Y ya de madrugada, baja a la cámara, se echa y lee una y otra vez el radiograma de Eduardo Van Pelt, cuyo texto tanto le preocupa, hasta que su resistencia física acaba por rendirse al peso de tantas emociones, pero su sueño se ve turbado por una horrible pesadilla.

Sueña que la escuadra yanqui va en su persecución y que sostiene con ella una lucha cruenta, a cañonazo limpio, defendiéndose del ataque, además de con las armas de que dispone a bordo, arrastrando a los barcos de guerra hacia los arrecifes de la costa en los que los hace encallar y hundirse, pero cuando ya se cree libre, otros barcos de mayor tonelaje le cortan la retirada, acabando por abordar su embarcación y hacerle prisionero, no sin que él no se defienda bravamente hasta el último instante. Entonces se le somete a consejo summarísimo, acusándosele de



¡Torpe!... ¡Inútil!... ¡Déjame el timón a mí!

traidor a la patria, acusación que lanza y sostiene la propia Patricia, y por último se le condena a ser colgado del palo mayor. Mas cuando se va a cumplir la sentencia, despierta, porque se ahoga, creyendo sentir en su cuello la opresión de la cuerda, siendo así que lo que le opprime es la corbata, que se le ha apretado en las convulsiones de su agitado sueño.

Apenas vuelto a la realidad, dice Pedro :
— Voy a ver lo que hace Patricia.

El intento de fuga de la joven ha sido una realidad, aunque se haya frustrado.

En el preciso momento en que Rosslyn se disponía a ir a verla, entran con ella dos de los hombres de la tripulación que salieron tras ella y lograron darle alcance cuando ya había saltado a tierra.

— La señorita trató de escaparse y la hemos traído otra vez aquí — dicen a su capitán.

Patricia baja los ojos avergonzada.

— ¿Pero, tan mal estás a mi lado, Patricia? — le preguntó Pedro.

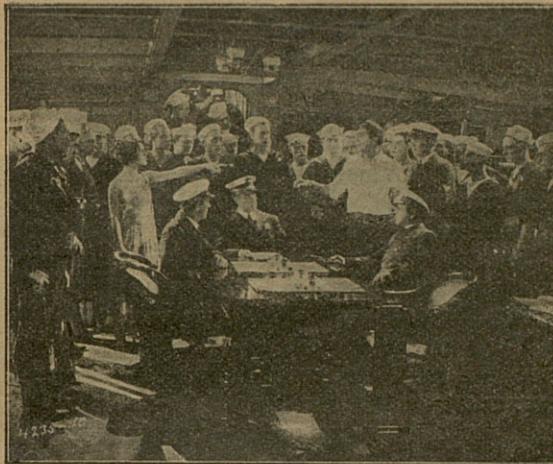
— ¿Por qué me tienes aquí prisionera? — preguntó a su vez la joven.

— Porque necesitas disciplina; de modo que tendrás que permanecer aquí quieras o no. Cuanto más rebelde seas tanto más durará este curso de enseñanza para jóvenes voluntariosas — y añade al cabo de un rato, en vista de que Patricia nada le contesta: — Lo primero que has de hacer es quitarte esa ropa mojada, no vayas a coger un enfriamiento.

— ¡Y mucho que debe importarte a ti que yo me enfríe o que reviente! — dice, al fin, Patricia, entrando en su camarote, cuya puerta cierra violentamente.

* * *

Y pasa el día sin que Patricia dé señales de vida, en vista de lo cual, ya bien entrada la tarde, Pedro se decide a entrar en su ca-



¡El ha sido!... ¡Yo le acuso!

marote, encontrándola vestida sobre la cama, delirando, a consecuencia de la fiebre.

Inmediatamente ordena que se haga rumbo al puerto, y vuelve a su lado.

— ¡Patricia!... ¿Qué tienes?... ¿Te encuentras mal?.. ¿Qué te pasa? — le pregunta amosamente.

— ¡Tengo calor!... ¡Tengo frío!... ¡Me ahogo! ¡Me muelo!... ¡Tengo miedo!... ¡Mucho miedo!... Pero que no se lo digan a Pedro!... ¡A él no le gustan las mujeres que usan zapatos estambóticos!...

Pedro la observa y calla.

— ¡Hombres amarillos, con gestos feroces!...
¡Han matado a Arnold!... ¡Tengo miedo!...
¡Pero que no lo sepa Pedro!

— ¡Dios mío, no me la quites! ¡Déjala que viva! ¡Perdóname! ¡No castigues mi estupidez tan cruelmente! — exclama Pedro, en medio de la mayor desesperación.

Durante las largas horas de aquella noche Rosslyn lo es todo para Patricia. ¡Ni su propia madre hubiese podido hacer más por ella!

Y en cuanto llegaron al puerto fué requerido el auxilio de un médico y el de una enfermera, que se constituyó a la cabecera del lecho de la joven con orden de no abandonarla un solo instante.

* * *

Para Patricia todo lo ocurrido había sido una pesadilla, de la que salió una semana después.

Y ya en la convalecencia, a solas con la enfermera, ésta le revela todo el secreto de la aventura inexplicable de que estaba siendo objeto.

— A mí no tiene usted nada que agradecerme, señora Rosslyn — le dice. — No han sido mis cuidados los que le han puesto buena, ¡han sido los de su esposo!...

Y añade tras una pausa :



— ¡Que le cuelguen del palo mayor por traidor!

— ¡Ha sido tan ingenioso y tan sentimental esto del secuestro de usted por el señor Rosslyn! Los periódicos no hablan de otra cosa desde hace ocho o diez días.

— ¡De modo que ahora resulta que no es tan tonto como yo le creía! — dice Patricia, como hablando consigo misma.

Este mismo día, cumplida ya su misión, el médico y la enfermera se despiden.

Una vez que han saltado a tierra, Pedro entra a ver a Patricia y le dice :

— El médico opina que ya estás bien del

todo y yo creo lo mismo. Vamos a zarpar inmediatamente. ¿No quieres subir a cubierta?

La joven, completamente resignada con su suerte, y hasta dando pruebas de visible satisfacción, se deja caer amorosamente en brazos de Pedro y en ellos permanece, mimosamente, unos instantes.

— Estaré lista dentro de cinco minutos — dice a Pedro al dirigirse al camarote para vestirse.

Pedro entra también en el suyo para cambiarse de ropa y se da el caso de que quien está listo en cinco minutos es él, pero Patricia...

Rosslyn decide esperarla sentado, que siempre es más cómodo.

— ¡Vamos, los cinco minutos se han convertido en una hora!... ¡Después de todo, más creía yo que iba a ser! — dice Pedro al verla salir sesenta minutos después de lo ofrecido.

Apenas se han alejado unas millas de la costa, el tiempo se pone amenazador. Pedro comprende que se acerca una tormenta y conduce a Patricia a la cámara, diciéndole :

— Vamos a correr un temporal. No te muevas de aquí.

En efecto ; la borrasca no tarda en levantarse. Los rayos cruzan el espacio y las olas azotan el casco del yate.

La tempestad es tan violenta que sólo la pericia de Pedro y la serenidad y disciplina de sus hombres son capaces de triunfar en trance tan difícil.



...en un onda obvio lo oíb... — Patricia!... ¿Qué tienes?... ¿Te encuentras mal?... — ¿Qué te pasa?

Mas cuando la borrasca se halla en todo su auge, cuando las olas barren la cubierta del barco arrastrando todo lo que encuentran a su alcance, Patricia, desobediente como siempre, abandona la cámara, sube trabajosamente la empinada escalera y se presenta en el sitio de mayor peligro ; junto al timón, que es adonde está Pedro.

Este al verla abandona su puesto un momento, se abalanza a ella para impedir que el huracán la arrastre, y la conduce de nuevo a la cámara, diciéndole severamente :

— ¡Estate aquí y haz lo que te digo si-
quieras una vez en tu vida!

* * *

Afortunadamente, la aurora del nuevo día
barre las nubes y despeja el horizonte...

La calma renace en el mar y en los espí-
ritus.

Los nervios de Patricia recobran también
la normalidad.

— Se acabó el curso de educación y se
acabó esta comedia... ¡Lo sé todo, Pedro!

Rosslyn le abre sus brazos y Patricia cae
en ellos completamente vencida, entregada.

— ¡Ahora parece que no quiere fugarse
la señorita! — dice el criado chino que entra
en este instante...



BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TÓMOS PUBLICADOS

- LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.
SOMBRAZAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
LA LEY SE IMPONE, por Arthur Hall y Mimi Palmieri
DESOLACIÓN por George O'Brien.
SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
NINICHE, por Ossi Oswalda.
LA MASCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
CARNE DE MAR, por George O'Brien.
ANA MARÍA, por Henny Porten.
EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por A. Nox y I. Langlais
CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque
EL PRIMER AÑO por, Catalina Perry.
CORAZÓN INTRÉPIDO, por George O'Brien.

PRECIO DE CADA TOMO : **60 CÉNTIMOS**

20
100

100

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

Conocedores de la utilidad
que ha de tener un libro con
las direcciones de los princi-
pales artistas de la pantalla
y casas productoras, nos
hemos decidido a publicar
el tomo que ofrecemos
a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro
UNA PESETA